

SE PUBLICA TODOS LOS DIAS

MENOS LOS LUNES, DESDE SETIEMBRE PRÓXIMO.

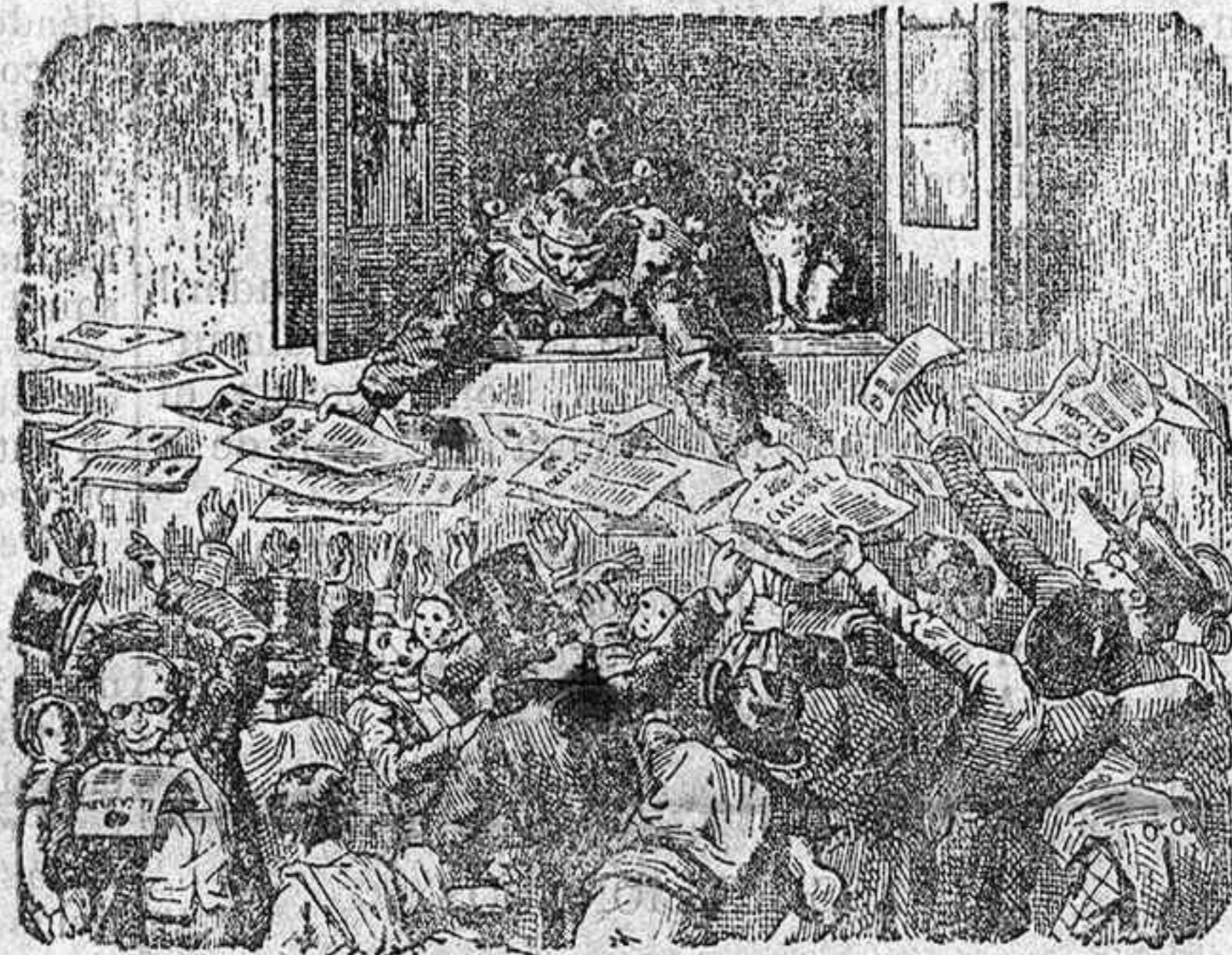
Los números de Agosto gratis a los suscritores.

Recreo, moralidad, instruccion.

Escenas de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, romances cómicos, ejemplos morales y cien mil cosas más.

PRECIOS.—Por un mes, 7 rs., por tres id. 20, por seis id. 33, y por un año 70.
 FARMACIAS.—Por un mes, 8 rs., tres id. 24, seis id. 40, y un año 76.

ADMINISTRACION.—Caños, 4, bajo.



UN LIBRO DE REGALO CADA MES
 Y UN ALMANAQUE ILUSTRADO CADA AÑO
 a los señores suscritores.

Literatura, ciencias y artes.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instruccion pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO.—Seis meses, 80 rs. y un año 150.
 AMÉRICA.—Seis meses 90 rs., y un año 170.
 FILIPINAS.—Seis meses 100 rs., y un año 180.

ADMINISTRACION.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SUPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

ADVERTENCIA.

La distinguida escritora señorita doña Angela Grassi, autora de la preciosa novela que damos en el folletín actualmente, está escribiendo otra para EL CASCABEL, que empezaremos a publicar en cuanto termine *El Bálsamo de las penas*. Creemos que a nuestros favorecedores, que tantos elogios hacen de *El Bálsamo de las penas*, les será grata esta noticia.

UN CREYENTE Y DOS ATEOS.

En un lugar que no hace el caso decir, hallábanse cierto día tres jóvenes filosóficos, de esos que juzgan que la filosofía alemana estriba en negar la existencia de Dios.

—Yo, decía uno, no creo en nada, incluso la nada.

—Yo, replicaba el segundo, creo en lo que veo, y aun de eso dudo.

—Yo, decía el tercero, creo que hay un Dios Creador, justo y misericordioso, replicaba el creyente.

—¿Y qué pruebas podía V. dar de su existencia? le preguntaban los dos.

—Una sola, les dijo, que esperó les haga efecto.

—Veamos la prueba.

—Tengan VV. la bondad de oirme.

Creo que estemos conformes los tres en que la obra de un autor es el medio más seguro de juzgar de su mérito.

Sentado esto, confesemos que el autor del mar, de la tierra y de los astros que admiramos, tiene que ser superior a cuanto nosotros podemos concebir. Pues bien: yo era, como VV., un falso filósofo. Creía que era una mengua creer, y solo rendía homenaje a la ciencia.

Solo en lo que yo sabía tenía confianza.

Mi pasión favorita, porque era gran nadador, era el mar, y mi fama era tan grande, que yo llegué a embriagarme hasta el punto de querer un día desafiar el poder de ese Sér, a quien VV. desconocen.

Me entré por la playa y fui andando hasta que perdí pié. Mi proyecto era llegar

fuera de la bahía, hasta un buque que se hallaba anclado a media milla de aquella.

Comencé a nadar, y muy pronto me encontré en alta mar.

¿A cuántas brazas estará el fondo de esta superficie en que me sostengo, gracias a mi habilidad? dije para mí.

Y en el momento de decir esto, lancé una especie de reto al Dios a quien desconocía, diciendo: *Seguro de que sé nadar, nada tengo que temer.*

Me abandoné tranquilo a la corriente, dejándome arrastrar hacia el barco.

Saboreaba con indecible placer la frescura de mi lecho de espuma.

Una ligera nubecilla empañó el horizonte, y el sol me ocultó su disco refulgente.

Comenzó a asaltarme la idea que yo no había previsto de que luchar con una tempestad me sería imposible.

Tuve miedo, y quise volver a la bahía; pero ya era tarde, las olas empezaban a amontonarse, rugía el trueno, y masas compactas de azuladas ondas se estrellaban entre sí, jugando con mi cuerpo, que era como una hoja seca empujada por el huracán, y envuelta por él en medio del torbellino.

Las olas me empujaron hacia donde el barco estaba.

En una de las sacudidas llegué a tocarle, y quise cogerme a una escala... Otra ola me arrojó a cien brazas.

Estas bruscas sacudidas iban debilitando mis fuerzas; pero la tempestad seguía en aumento, y yo empezaba a vacilar.

Me pesaba haber retado al cielo.

Veía yo que mi voluntad nada podía con aquel furioso elemento.

¡Qué grande tenía que ser el que lo pudiera dominar!

Otra ola me lanzó contra el barco, y



LOS CALAVERAS DE LA PLAZA DE ORIENTE.

pude lograr agarrarme á la cuerda que tenia amarrado á un bote. Pude sostenerme algunos momentos, y en esto empezó á ceder la tempestad.

Recobré mi sangre fria, y me creí libre... El miedo, que me habia hecho pensar un momento en el Supremo Sér, al abandonarme, se llevó consigo esa idea.

Pero mis fuerzas estaban casi aniquiladas, y un frio glacial empezaba á apoderarse de mi cuerpo.

Sin soltar la escala, y haciendo un esfuerzo supremo, logré llegar hasta el bote. Era tan grande como un lanchon.

Quise cogerme á su borde, y lo conseguí; pero al apoyar mis piés en su casco, cubierto de verdosa y resbaladiza yerba, se me fueron las manos.

Mis fuerzas se iban agotando.

Pude lograr arrimarme otra vez, y toqué con el pié un punto sólido. Hice fuerza... y bien pronto retiré el pié herido.

Aquel punto de apoyo era un clavo de punta.

A dos brazas de mí se mecía la barca, que era mi salvacion; yo veía que ya no tenia fuerzas para llegar á ella.

Sentí mi soledad, y miré al cielo.

El sol iba desenvolviéndose de una nube que le cubria.

Me sentia agonizar: lancé un grito pidiendo socorro.

Nadie me oyó.

Otro más desgarrador aun, tampoco fué oido por nadie.

Me resigné á morir.

Lancé una última mirada al cielo pidiéndole perdon, apreté los dientes... abrí las manos queriendo agarrarme á alguna parte, y me sentí atraído al fondo con el mismo irresistible impulso con que el vértigo arrastra hácia el abismo.

Ya no veía... ya no oía... el agua me cubria enteramente la cabeza... Quise respirar... y unas bocanadas de agua me taparon la boca.

Me agité tanto para conseguir volver á la superficie, que comencé á sentirme subir á flote.

De pronto sentí un peso enorme que no me dejaba subir más.

¡Maldicion! ¡Tenia la quilla encima de la cabeza!!!

Entonces, no pudiendo aguantar más tiempo la respiracion, conocí que habia llegado mi última hora.

—Si hay un Sér Supremo, cuyo poder alcanza á salvarme en este trance, desde hoy le reconoceré.

Pero yo seguia ahogándome por momentos, y me revolcaba entre las olas debajo de la barca, con la desesperacion indescriptible de quien se hallara en un lecho de fuego.

En medio de una angustia inexplicable, iba perdiendo el sentido... no veía ya... no oía... dejé de sentir...

No sé cuánto tiempo pasaria despues; solo recuerdo que despues de esto, cuando yo abrí los ojos, me encontré en una barca, rodeado de varios marineros y el capitán del buque.

—Gracias á Dios, amigo, hemos salvado á V., me dijo.

Yo recordé mi promesa, y miré al cielo. El sol se ostentaba radiante en aquel momento.

Sentí una dulce conmocion en todo mi sér, y que de mis párpados se desprendia una lágrima...

Por primera vez en mi vida sabía lo que era llorar...

Era feliz, porque creia en Dios. ¿Cómo con lo que me habia acontecido podia yo dudar de su existencia?

—Ha sido una temeridad bañarse hoy, me dijo el capitán.

—Será la última. No volveré á desafiarte,

soberbio mar, cuyo poder solo Dios domina.

—En verdad, dijo el primer filósofo, que me da mucho en qué pensar lo que me ha referido V.

—Ha conseguido V. hacerme dudar, dijo el otro.

—¡Dios mio! dije lleno de fé. ¡Ya dudan! ¡Dígnate, por un acto de tu misericordia infinita, tocar sus corazones, como tocaste el mio cuando me estaba ahogando debajo de la barca.

Estas sencillas palabras produjeron tal sensacion en los filósofos, que se lanzaron uno en brazos del otro, exclamando:

—¡Ahora ya sabemos algo! — ¡Sabemos creer en Dios!!!

LOS AFICIONADOS.

Una de las plagas más insoportables que pesan sobre la humanidad, es el aficionado. Y entiéndase que al hablar de él, no me refiero de ningun modo al que gusta de un arte ó de una cosa cualquiera, sino al que sin tener ninguna de las condiciones que exigen las diversas manifestaciones de la inteligencia, del ingenio ó de la fuerza humana, pretende dedicarse á alguna de ellas.

Muchos artículos se han escrito sobre los aficionados á declamar, que, dicho sea en honor de la verdad, son tan numerosos, y por regla general tan malos, que bien merecian se armara contra ellos una cruzada, de que yo me brindaria con gusto á ser el Pedro el ermitaño. Pero, sin embargo, no son estos los peores de todos los aficionados, pues al fin y al cabo, á fuerza de recitar versos, suelen aprender el castellano, y en ese caso, no han perdido completamente su tiempo.

Los aficionados á música ya son más temibles, pues hacen participar de sus estudios, no solo á sus amigos, que son las víctimas naturales de todo aficionado, sino lo que es más triste, á sus vecinos, que, quieran ó no, han de escuchar á la señorita del cuarto segundo destrozando las melodías de Bellini ó Donizetti, ó al pollo del entresuelo abofetear, que no tocar el piano, y hacer partícipes á todos los que le escuchan del tormento á que somete las obras maestras de Hayden ó de Weber.

Los aficionados al toreo lo son á costa de sus huesos y de su dinero, y por consiguiente, apenas tenemos derecho á meternos con ellos, porque nada nos importa que un hombre se gaste unas cuantas onzas por el gusto de poner un par de banderillas á un becerro, poco ménos que recien nacido, que, á pesar de la falta de pitones, suele pegar al banderillero un revolcon, que le obliga á guardar ocho dias de cama, cuando no le rompe un brazo ó una pierna, y le deja memoria para mientras viva de su afición taurina.

El más temible de los aficionados, es el que elige por víctima á la literatura.

Hay hombres que, ansiosos de gloria y de dinero, despues de haber perdido el empleo que tenían ó la carrera en que se hallaban, ó simplemente abandonando las aulas, *cogen y se hacen poetas*, segun la frase de Moratin, y comienzan á emborronar pliegos y más pliegos, cuartillas y más cuartillas hasta que al cabo de algunos meses de trabajo logran terminar un drama ó una novela. Estos han visto que el que asistió con ellos á la escuela de primeras letras, siguió ese camino, y ha logrado nombre, posicion y dinero, y creen, por consiguiente, que no tienen mas que hacer lo mismo para obtener tan feliz resultado.

No cuentan con que su compañero habia nacido para poeta, ni saben tampoco los sinsabores, las vigiliás, y aun las abstinencias que ha tenido que sufrir, para llegar al sitio en que se encuentra.

Escriben, pues, su drama ó su novela, y mientras lo escriben á nadie incomodan. Pero lo malo es que todas las cosas tienen un término, y que por consiguiente, la novela ó el drama tambien lo tienen. Acaba el nuevo escritor su obra, y al acabarla, se convierte en una de las calamidades más grandes que se conocen.

Si por casualidad es amigo de algun poeta *militante*, cae sobre él con la novela ó con el drama, y no le deja vivir hasta que no le ha lei-

do su produccion desde la cruz á la fecha, diéndole su parecer, y aun prometiéndole seguir sus consejos. El escritor de buena gana le aconsejaria que quemase el manuscrito y que no volviese á perder su tiempo en escribir necedades; pero sabe por experiencia que con esto no lograria mas que hacerse un enemigo, sin curar á aquel pobre diablo de su manía poética, y opta generalmente por decirle que la obra está bien escrita, aunque se resiente de la experiencia de su autor, que, con el tiempo, podrá hacer algo de provecho.

Pero el neófito no se contenta con tan poca cosa, y pide á su amigo una carta de recomendacion para el empresario de un teatro, ó para un editor conocido. Hemos notado que estos poetas-plagas muestran por el teatro una predileccion desconsoladora.

Provisto ya de su carta, cae aquel verdugo de las letras sobre el empresario, y con una actividad, digna de mejor causa, le espeta el drama, y en seguida se dedica á visitar á todos los actores que forman la compañía, para ver si hay alguno que lo elija para su beneficio. Ninguno tiene tan mal gusto, y el pobre empresario, despues de quince ó veinte dias en que el poeta le visita á todas horas, y le acompaña á paseo, y le persigue en el café, y en la contaduría, y hasta en la cama, tiene que devolver la obra diciendo á su autor que es muy buena, pero que no tiene reparto, que la temporada está muy adelantada, ó que la empresa ha tenido pérdidas que no le permiten hacer los gastos que la representacion de la comedia en cuestion exige. Y aquí es de ver cómo el poeta comienza á allanar todas las dificultades, y ofrece dinero si lo tiene, y promete suprimir el acto cuya decoracion es más costosa, y se conforma con que Felipe IV, en lugar de habitar en su palacio de Buen Retiro, reciba al embajador de Francia en el patio de la posada de Zaragoza, y no encuentra inconveniente en que el conde duque de Olivares vista de frac ó de gaban á la inglesa, y viendo, por último, que todos sus esfuerzos son inútiles, se despide amenazando con otra comedia, que, en efecto, lleva al dia siguiente.

Suele suceder que los empresarios, en vista de esta insistencia, admiten la segunda comedia, y prometen á su autor ponerla en escena, prometiéndose al mismo tiempo no cumplir nunca semejante promesa, lo cual, si tiene algunas ventajas, no deja de tener grandes inconvenientes.

Por de pronto el neófito pide y obtiene que se le ponga en lista para entrar en el teatro *gratis et amore*, y desde aquel dia es el más asiduo concurrente á ensayos y funciones.

Parecerá á primera vista que estos que entran de balde pueden hacer un gran servicio á la empresa, animando la representacion con sus aplausos. Pues nada de eso. Estos individuos constituyen la parte más terrible, y muchos de los malos éxitos que hay en los teatros, se deben á esos *alabarderos*, que tienen cada uno un drama en cartera.

Y esto es muy natural. Todo autor que logra que se le ponga una obra en escena, es, por este solo hecho, enemigo irreconciliable de aquellos individuos.

Cada uno de ellos compara su obra con la que se representa, y cree firmemente que la suya es cien veces mejor que aquella, que solo por que su autor es un intrigante ha sido preferida por la empresa.

Si la obra no es buena, y el público se muestra frio con ella, ellos le decidirán á silbar, si no inician la silba desde que ven que la concurrencia se halla dispuesta á secundarla. Y este es el mayor goce de todo aquel enjambre de autores inéditos, que no parece sino que desean ver hundirse á todos los buenos escritores, para ver si ellos logran salir de la justa oscuridad en que yacen.

Si la obra es buena, y el público aplaude y llena el teatro una y otra noche, y al llenar el teatro, llena tambien al autor de gloria y de dinero, no vereis nunca que esos alabarderos tomen parte en el entusiasmo general, ni hablen de la comedia mas que para citar sus defectos, que muchas veces por tales tienen á lo que no son sino bellezas. Si entre los autores desconocidos que asisten á un teatro el dia de la primera representacion de una obra notable, hay uno que aplaude con sinceridad, y que va luego vertiendo lágrimas de entusiasmo á estrechar tímidamente la mano del autor afortunado, ese no es

uno de los parásitos á que nos hemos referido, ese es un verdadero poeta, que algun día dará honra y prez á la literatura patria, y será objeto de ovaciones como aquella en que toma parte; ese no es un aficionado, y solo de los aficionados nos hemos ocupado en esta especie de artículo.

LOS TRES MARIDOS BURLADOS,

POR
EL MAESTRO TIRSO DE MOL'NA.

(Continuacion.)

Al anochecer, cuando se tornaba á su posada, estaban en la esquina de una calle, por donde forzosamente habia de pasar, el teniente de su parroquia y otros clérigos, con dos ó tres hombres prevenidos por el pintor, á instancia de la cajera, diciendo cuando llegaba cerca de ellos, fingiendo no verle y de modo que pudiese oírlos: «Lastimosa muerte por cierto ha sido la del malo-grado Lucas Moreno (que así se llamaba el escuchante)» «Lastimosa, respondió el otro clérigo, pues sin sacramentos ni otra prevención cristiana, le hallaron muerto en su casa esta mañana, estando su mujer, que le amaba tiernamente, de puro dolor, cerca de hacerle compañía.»

«Lo peor es, dijo otro del corrillo, que el astrólogo, su vecino, afirma que se le avisó ayer, y haciendo burla de su pronóstico, sin desmarcar las trampas que los de su oficio traen entre manos, se dejó morir como una bestia.» «Dios tenga misericordia de su alma, replicó el cuarto, que es de quien podemos tener compasion, que la viuda con dote queda, de lo que quizá él ganó mal, con que segundar el matrimonio: y vámonos á acostar, que hace mucho frio.»

Iba el pobre Lucas Moreno á satisfacerse de ellos, y saber si habia otro de su nombre que se hubiese muerto aquel día; pero ellos, de industria, dándose las buenas noches, se fueron todos, dejándole con la turbacion que bien claramente se puede imaginar.

Caminó confuso adelante, y en una calle ántes de la suya, halló al astrólogo hablando con el pintor, que, viéndole venir, dijo como que proseguian la plática de su muerte: «No quiso creerse á mi cuando ayer le dije que se habia de morir dentro de veinte y cuatro horas cabales: hacen burla los ignorantes mentecatos de la evidencia de la astrología; tómese lo que le vino, que no sé que es esta la hora en que está bien arrepentido de no haberme creído y dado crédito á lo que por su bien le dije.»

Respondió el pintor: «Era notablemente cabezudo el malogrado Lucas Moreno, y no muy poco gloton, por lo cual hubo de comer alguna fiambre genovesa, y le daría alguna apoplejia. Dios le tenga en su santa gloria, y consuele á su adigida mujer, que cierto es que hemos perdido un buen amigo.»

No pudo sufrirle el confuso cajero, y llegándose á ellos, les dijo: «Señores, ¿qué es esto? ¿quién me hace

las honras en vida? ¿quién tomando mi forma y se ha muerto por mí? que yo me siento bueno, gracias á Dios.»

Echaron á huir entonces todos, fingiendo espantosos asombros, y diciendo á voces: «Jesus sea conmigo, Jesus mil veces: el alma de Lucas Moreno anda en pena: alguna restitucion pide que hagamos de su hacienda, por la que debe de haber mal ganado; conjúroste de parte de Dios, ánima cristiana, que no me sigas, sino que desde donde estés me digas qué quieres.» Y le dejaron con esto de tal forma, que estuvo muy á pique de sacarles verdaderos, segun el sobresalto que le causó tan apoyada mentira y horrible fingimiento.

Prosiguió medio desmayado y sin pulso hasta cerca de su casa, y junto á ella vió al amigo celoso, que fingia salir de ella, y le estaba esperando para acabar de desatinarle. Hizosele encontradizo, y al emparejar con él, volvió los pasos atrás, y haciéndose mil cruces, dijo: «Animas benditas del purgatorio, ¿es ilusión la que veo, ó es Lucas Moreno difunto?» «Lucas Moreno soy; pero no esotro, amigo Santillana, dijo el asombrado mentecato, ¿de qué os santiguáis? ¿cuándo me he muerto para hacer tantos aspavientos?» Asíóle entonces de la capa, porque no huyese; y él, dejándose en las manos, se fué dando gritos, santiguándose y diciendo: «Abrenuncio, espíritu maligno; no debo á Lucas Moreno sino seis reales que me ganó á los bolos el otro día; pero *quod non paritur non solvitur*; si vienes por ellos, vende esa capa, que no quiero trabacuentas con gente del otro mundo.»

Fuese huyendo con esto, quedando nuestro Moreno pasmado, que faltó poco para no dar consigo en tierra. «Alte, no hay más, yo debo de habrme muerto decia entre si muchas veces. Dios debe de enviarme á esta vida en espíritu, para que disponga de mi hacienda y haga testamento; pero ¡válgame Dios! si me morí de repente, ¿cómo no vi á la hora postrera al demonio, ni me han llamado á juicio, ni puedo dar señal alguna del otro mundo? Y si soy alma, y el cuerpo quedo en la sepultura, ¿cómo estoy vestido, veo y toco, y uso de los sentidos corporales? ¿Si habré resucitado? Pero si hubiera sido así, ¿no hubiera visto u oído algun ángel, que de parte de Dios me lo mandara? Mas ¿qué se yo de lo que se usa en el otro mundo? Puede ser que me hayan otra vez revestido de mi primera carne, y no sea costumbre allá hablar con escribano; y como mi oficio es de pluma, tendrán por caso de menor valor tratar con gente de trabacuentas.»

Lo que yo veo es que todos huya de mí, y me tienen ya por muerto, hasta los que son mis mayores amigos, y segun esto, debí de ser verdadero; pero si dicen que el más amargo trago es el de la muerte, ¿cómo no lo he sentido ni me ha dolido nada? Las muertes repentinas deben de entrarse por una puerta y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio; pero, ¿si será por ventura alguna burla de mis amigos, por que el tiempo es acomodado para ellas, y hasta ahora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aspavientos, ni se asombra de verme, sino ellos? ¡Válgame Dios por muerte, que viniste tan á poca costa!»

Haciendo estos discursos desvariados llegó á su casa, y hallándola cerrada, llamó con golpes recios. La noche entraba muy fria y oscura, y ya la cabilosa mujer estaba prevenida de lo que habia de hacer, y avisada de todo cuanto hasta allí habia pasado.

Tenia una sola criada en casa, habiendo de industria enviado dos leguas de allí á dos mancebos que vivian en ella, que servian de hacerle las cobranzas de caja al atónito y desatinado cajero.

La moza era tan gran bellaca como su señora; y en oyendo llamar, respondió con una muy quebrantada y lastimosa voz: «¿Quién está ahí? Abreme, Casilda respondió el difunto vivo, ábreme, que yo soy.» «¿Quién llama, replicó, á esta hora en esta triste casa, donde solo vive el sentimiento, la tristeza y la viudez? Acaba ya, necia, que soy tu señor, ¿no me conoces? Abreme aprieta, que llorizna, y hace un frio que no le puedo tolerar.» «¿Mi señor?» replicó ella ¡pluguiera á Dios que lo fuera; ya le pudre la tierra, ya está en parte donde, por lo que sabia de cuentas, le habrán hecho cajero mayor del infierno, porque allí todas se pagan á la tra vista, si Dios no ha tenido piedad y misericordia de su ánima.»

No pudo entonces impaciente sufrir tantas verificaciones de su muerte; y así, dando media docena de puntapiés al postigo, que como los daba con impaciencia eran recios, no estaba para aguantar más el picaporte ó aldaba, pues quebrándose, se abrió y entró dentro. Viendo esto la criada, echó á huir, dando voces, al tenor de los demás que por la calle habia él encontrado.

A los gritos de la criada saltó la mujer en hábito de viuda recoleta, fingiéndose alborotada, y en viéndole, se cayó desmayada, diciendo: «Jesus, ¿qué veo?» Faltó poco para no hacer lo mismo el asombrado marido, y tuvo por infalible que estaba muerto. Con todo eso, en pago de las muestras de sentimiento que en su mujer habia visto, la llevó en brazos á la cama, desnudándola y echándola en ella, que aunque lo sentia todo, se daba por medio difunta. La moza se corrió en otro aposento disimulando la risa, y vendiendo miedos que no tenia, por ayudar á su ama.

En fin, el pobre ánima en pena, sin averiguar si comian ó nó los del otro mundo, abrió un escritorio, y dió tras de una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con vizcochos y ciruelas de Genova, que ayudó á pasar con los empellones de una bota, cuya alma le habia infundido la membrilla, pareciéndole que no eran trabajosos la otra vida, pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella.

Dióse tan buena maña nuestro buen Lucas Moreno en fortalecer su corazón, desfallecido con el cordial remedio, que cogiéndolo algo flaco y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiéndosele el licor de Noé, si no á las barbas, á la cabeza, se halló en la gloria de Baco, desnudándose á zancadillas, y acostándose al lado de la que todavía zanculaba su desmayo, y se tragaba la risa, con no poca resistencia de ella, que reventaba por salir.

En fin, él se acostó entre desmayado y lo otro, embiando el sueño con aceros vinosos, que no hay tal jarabe de adormideras como el que se saca de un la gar. Él durmió hasta la mañana, soñando infierno, purgatorios y glorias, y entretanto vinieron los burlescos amigos á informarse de la criada de lo que pasaba, y celebrando la buena eleccion que el difunto habia hecho de haberse amortajado por de dentro de pies á cabeza con las tejas que teje Baco.

Amaneció, y viendo la cautelosa cajera que todavía estaba durmiendo su marido, se levantó y vistió de gala, enviando fuera de casa el mongil viudo y las hi-

EL BALSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ANGELA GRASSI.

CAPITULO VII

(Continuacion.)

Una mañana, la señora entró en el escritorio de Claudio. Iba muy compuesta: llevaba sus mejores encajes y sus más bellos aderezos.

Claudio se levantó y la ofreció una silla. Muy árdua debia ser la empresa que la conducia á aquel sitio, por cuanto dió muchas vueltas al abanico, compuso muchas veces los pliegues de su vestido, tosió, y despues de tantos preparativos, no supo encontrar ninguna palabra con que principiar su exordio.

«¿Se ofrece algo? preguntó Claudio echando de ver su turbacion.»

«¡Sí, por cierto! ¡Sí, por cierto! balbució Cándida; y se atascó de nuevo.»

En fin, prosiguió, levantándose, y como quien recita de memoria una leccion ya estudiada. el caso es, que yo he resuelto casarme, y os he elegido á vos para marido. Ya os lo he indicado varias veces, pero vos, sin duda, no os atreveis á creer en tal fortuna. Hablemos claros: si ó nó, como Jesucristo nos enseña. Tengo dos casas en Madrid y una bonita renta. Como veis, soy rica, soy jóven todavía, y en cuanto á bonita, á la vista está.

«¡Por Dios, señora! exclamó Claudio con las mejillas encendidas: no sabéis cuán profundamente agradecido estoy á vuestra distincion, pero me es imposible aceptarla... Soy, como quien dice, el padre de mi familia...»

«¡Oh! interrumpió Cándida con énfasis, no me juzguéis tan sin corazón que me haya olvidado de ella... Si, señor; cuando se compra un caballo, se compra también la herradura... Daré á vuestra madre una pequeña pensión de seis ú ocho reales diarios... ¡Me pa-

rece que me porto bien!... Además, si salen todas las cosas como yo pienso no necesitará de nuestro auxilio... ¡Bribonzuelo! ¡Hace ya tres ó cuatro meses que me ocupo en mejorar vuestra suerte.»

«¿Cómo! ¿Sois vos á quien debo mis ascensos? exclamó melancólicamente Claudio.»

«Nó, se apresuró á decir Cándida, eso nó; pero otras cosas... Otras cosas que yo he combinado, preparado... ¡Creo que vamos á casar á Genoveva con Nicolás!»

Claudio, al oír esta inesperada revelacion, experimentó un vértigo, y tuvo que apoyarse en la mesa para no caer al suelo.

Hubo un largo intervalo de silencio.

«¿Y Eugenio? balbució por fin el jóven.»

«¡Tá, tá, tá! ¡Hace tres meses que su casamiento está deshecho!»

Claudio, en medio de su retraimiento, nada habia llegado á saber de este asunto, y Nicolás se habia guardado muy bien de decirselo.

En aquel instante todo lo advinió, y juntándose los remordimientos, por haber tronchado, aunque indirectamente, la dicha de su amigo, á los mas amargos celos, se sintió abrumado bajo el peso de una inmensa pesadumbre.

«¡Ah! repuso la señora mirándole de hito en hito, bien sabia yo que esa desvergonzada os gustaba un poco... ¡Pero eso no me gustaba á mí!... Ahora es tarde... Genoveva le quiere á él, y se halla altamente comprometida, porque ese muchacho, además de vivir con nosotros, la acompaña siempre, y yo y Gámbara no nos hemos descuidado en hacer que todo el mundo note la inconveniencia de tan íntimas relaciones. ¡Eh, eh! El negocio no podia ser mejor, y lo he manejado con un tino... He quitado de en medio una rival peligrosa, y he dado un porvenir á vuestra familia... Es decir, que todo se queda en casa... ¿Qué os parece? Si estas no son pruebas de cariño...»

«Perdonad, dijo severamente Claudio, nunca pueden serlo las bajezas»

«Bien, bien, no discutamos por eso. ¿Queréis ó no ser mi marido?»

«¡Nó! exclamó Claudio con resolucion.»

«¿Estais en vuestro juicio?»

«¡Lo estoy!»

«Pero ¿no sabéis que yo hago aquí cuanto quiero?»

«¿Que si yo me empeño os echarán?»

«¡No importa!»

Cándida se dirigió fuera de sí á la puerta; pero viendo que el jóven no hacia ningun ademan para retenerla, se detuvo.

«Pensadlo, Claudio, dijo. Pensad que estais jugando vuestro porvenir, el de vuestra familia, tal vez el de Genoveva.»

«Señora, exclamó el jóven con entereza, suceda lo que quiera, yo no me vendo...»

«¡Ah! ¡me las pagareis todas de una vez!... ¡La caricatura, los desprecios!... ¡Ah, ah! ¡creais que lo habia olvidado!... Fingí olvidarlo, porque convenia á mis fines... ¡Si no he sabido hacerme amar, sabré vengarme!... ¡Pensadlo, Claudio, pensadlo! ¡os doy de tiempo hasta mañana!...»

Y Cándida se abalanzó fuera del aposento, cerrando violentamente la puerta tras de sí.

Claudio permaneció largo tiempo inmóvil y anonadado; pero no era la amenaza de la señora la que turbaba su espíritu, sino la idea de que su hermano se casase con Genoveva.

«Pero ¡Dios mio! exclamó de pronto, si no hubiese callado, si no me hubiese ido, tal vez hubiera sido yo... ¡Yo su esposo, Dios mio!... ¡Nó, nó! Tiene razon Nicolás, ¡mi espíritu es demasiado pequeño para abarcar tanta dicha!...»

Y se cubrió el rostro con las manos, y prorumpió en sollozos...

De repente oyó piafar los caballos en el patio.

Claudio se abalanzó á la ventana.

Habia tres, y el uno era el de Genoveva.

«¡Va á salir! pensó, ¡tal vez va á salir con él!...»

En efecto, Genoveva bajaba en aquel instante por la escalera, apoyada en el brazo de Nicolás.

Estaba encantadora con su traje de amazona.

Claudio sacudió los barrotes de la ventana, como si quisiera romperlos, y un grito salvaje se escapó de sus labios amoratados.

Genoveva levantó rápidamente la cabeza, y le hizo un frio saludo.

Luego se puso á hablar con Nicolás, el cual tenia un aire triunfante, y parecia muy dichoso.

Ambos montaron á caballo, y se lanzaron al galope, seguidos de un criado.

Entonces Claudio dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo, exhaló un suspiro, y volvió lentamente á su escritorio. Apoyó los codos sobre la mesa, el rostro sobre sus manos cruzadas, y durante mucho tiempo, sus lágrimas cayeron hilo á hilo sobre el papel que tenia delante.

«¡Haz que sean felices, Dios mio! murmuró por fin, ¡haz que sean felices!...»

(Se continuará.)

pócritas tocas: compuso la casa de fiesta, y volviendo á la cama, despertó al aparente finado, diciéndole: «¿Hasta cuándo habéis de dormir, marido mío? ¿aun no se han digerido los humos con que anoche os acostásteis?» Estremecióle los brazos tirándole de las narices, con que dando bostezos volvió en sí; y viendo á su mujer tan compuesta, la casa de regocijo y sin los lutos y llanto de la noche pasada, admirado de nuevo, dijo: «Polonia, ¿dónde estás? ¿Hasta tú también muerta como yo? Y en fe del amor que me tenías en el siglo, y te he sacado de él, ¿vienes á celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad, ó cómo sali de la vida? ¿Que vive Dios! (si en esta se puede jurar) que no sé como me he muerto, ni á qué partes me ha echado el cielo. ¿Hay camas y aposentos acá? ¿Vendese vino y vizcochos? ¿Qué arriero me trajo á mi escritorio, que yo anoche saqué de él provision bastante á consolar la soledad que sin tí sentía por estos países no conocidos?» «Buen humor, respondió la astuta fisgona, cria en vos, marido mío, las carnestolendas: ¿qué chillindrinas son esas? Acabad, levantaos, que ha enviado á llamaros el genovés dos veces.» «Luego no estoy muerto, ni me enterraron ayer replicó él.» «En vos á lo menos respondió entonces ella, debió de enterarse anoche el alma de nuestra bota segun está de macilenta, pues decís esos disparates.» «Si las almas se entierran, Polonia de mi vida, volvió á decir, es verdad que anoche las hicelas honras; pero yo ya lo estaba en la parroquia, lastimado el teniente, tristes nuestros amigos, llorando Casilda, y enlutada vos.» «Acabad ahora de ensartar chanzas, replicó él, que os llama nuestro genovés.» «¿Luego también los hay acá?» preguntó él. «No debo yo estar en carrera de salvacion, pues puedo ir donde habitan cambio, y se hospedan tramoyistas.»

«Dejémonos de pulas, dijo Polonia, y levantaos de ahí, que parece que habéis de veras, y estais echando bernandinas.» «Mujer, por nuestro Señor, respondió Lucas Moreno, que ha veinticuatro horas que estoy muerto, y no sé cuántas enterrado; preguntádselo á Casilda, al teniente cura de nuestra parroquia, al pintor nuestro amigo, á Santillana el celoso, al astrólogo nuestro vecino, y á vos misma, viuda anoche y enlutada, y ahora, á lo que imagino, muerta como yo, que si no me acuerdo mal, anoche os llevé sin pulsos ni aliento á la cama, y os debió de costar el espanto de verme la vida, y sin saber cómo, de la suerte que yo estais en esta, y no lo acabais de creer.» «¿Qué tropelías son estas, marido mío? dijo la fingida turbada. ¿Anoche yo nos acostamos buenos y sanos? ¿Qué enterrados, difuntos, ú otros mundos son estos?» «Casilda, llámame al astrólogo nuestro vecino, que también es médico, y nos dirá lo que le ha dado á mi buen Lucas Moreno, que estas mujercillas con quien trata le deben de haber trastornado el seso.»

(Se continuara.)

CARTA

que El CASCABEL escribe al señor Alcalde corregidor de la villa del oso y del madroño.

Muy señor mío y mi dueño, corregidor y marqués, lea V. este romance, que le ha de gustar á V., y ha de producirle gloria, si se decide á poner por obra lo que le digo con cariñoso interés. En la corte hacen gran falta reformas que le diré, y que yo me alegraría que se hicieran. ¡voto á cien! Los toldos de algunas tiendas se van bajando al nivel de los pigmeos, y hay hombre que ha de comprar cada mes un sombrero, y aun con eso no logra jamás ir bien. Los carboneros nos llenan á las nueve y á las diez de la mañana, del polvo que se suele desprender de las cargas, que descargan con temible intrepidez y desperfecto notable del traje y de EL CASCABEL, que llega á los suscritores tan negro como la pez. Los mangueros de la villa nos dan en un dos por tres un baño gratis, que á nadie le hace gracia, pues se ve, que además de mojar, manchan, que no queda más que ver. También es cosa precisa que vigile V. también á unos pocos mercaderes que sin conciencia y sin fé, venden ciertos comestibles que no se pueden comer sin exponer á un cristiano á que un torozon le dé. También quiero, si algún día tiene usted poco que hacer, que por calles y plazuelas dé usted una vuelta á pié, y verá usted qué basura, y olerá usted, y no bien, y verá chicos en cueros dándose de puntapiés, y otros ya más grandullones que son de la misma piel del demonio, y se apedrean y rompen á cuatro ó seis transeurtes la cabeza, ó están jugando al cané,

y á las señoras insultan de una manera sucia, ó les certan los vestidos, que cosa muy facil es. Si usted remedia estos males, mucho lo ha de agradecer esta villa, que deplora sus inconvenientes cien. Y yo, á fuer de agradecido, un poema escribiere para celebrar las glorias del corregidor marqués, y el día que lo publique, treinta reales vendere, pues no habrá en toda la corte, quien quiera quedar sin él. Y aquí termina esta epistola, con que hoy le molesta á V. su seguro servidor, que le quiere,

EL CASCABEL.

CASCABELES.

Ha llegado un catalan con 5,000 libras de salchichon. Este es un anuncio de La Correspondencia. A mal tiempo viene el catalan con el salchichon, porque siendo época de economías, ¿cuándo sale el catalan de tanto salchichon como trae?

Un periódico, despues de dar cuenta de la desgracia ocurrida á un mozo de la tahona de la calle de Leganitos, que murió el sábado, abrasado por una granada, dice muy serio: «La granada estaba cargada.» Me parece que habiendo reventado la granada, ya habiamos de suponer que no estaba vacía.

Don Pedro y doña Juana se casaron ayer por la mañana; por la tarde no sé lo que tuvieron, que á golpes como nuevos se pusieron, Cuando Dios no dispone un matrimonio, es obra del mismísimo demonio.

Recordamos al público que á todas las personas que se suscriban á El CASCABEL por tres meses ántes de primero de Setiembre, se les da en nuestra administracion un vale para que puedan retraerse en la fotografia del señor García Izquierdo, calle de los Estudios, 18, tercero, donde, mediante un convenio hecho con dicho señor, no pagarán más que una peseta por el retrato. Debemos advertir que no se retratan niños menores de diez años, ni el vale da derecho á retratar más que para una persona. Los retratos son excelentes, y el público, que acude estos días á dicha fotografia, sale contento y satisfecho.

Porque no le sentaba bien el fraque, se ha muerto en esta corte un badulaque. Hay muchas criaturas que conviene sentarles las costuras.

Hemos recibido la primera entrega de Las siete virtudes, novela moral, primera que publica la Asociacion internacional de autores y traductores. Por una primera entrega no es fácil juzgar del mérito de una obra. Cuando se haya terminado, diremos lo que nos ha parecido la citada novela. Si el público no quiere esperar tanto, para saber á qué atenerse respecto del mérito de la misma, suscribase y formará su juicio ántes que nosotros, y luego verá si estamos conformes.

Solucion de la charadita de ayer.

OLIVARES.

Se ha publicado ya el segundo tomo de Los trabajos duros del mar, que publica la casa de Gaspar y Roig. Completa ya esta obra, no dudamos que los editores hallarán la recompensa de los sacrificios que han hecho para su publicacion.

Logogrifo.

Yo soy un maton, amigo, que me meriendo á cualquiera, y para acertarme, mira lo que tengo en cinco letras: un animal parecido á una serpiente tremenda; lo que nunca se ve el burro, aunque lo tiene muy cerca; lo que hago cuando estoy solo y oigo llamar á la puerta; una cosa que es redonda, con la que los chicos juegan; un pueblo de la provincia de Búrgos, muy buena tierra; lo que hace quien tiene vicios y es ho'gazan sin vergüenza; lo que hace el que tiene fé en la Divina clemencia.

El demandador de fieras Mr. Batti, ha tenido un fin trágico.

Todo el mundo lo preveía, viéndole entrar en la jaula de los leones.

El hombre al fin se ha casado.

En la temporada próxima se pondrá en escena La Peregrina, comedia de magia, que he tenido el honor de escribir para este respetable público.

Huyendo de su suegra, ó de un demonio, se fue con su cuñada don Antonio; con aquella rabió, pero con la segunda reventó. Esto lector le enseña que están frescos los que tienen tan malos parentescos.

PENSAMIENTOS SUELTOS.

Obra como si todos los dias fueran el último de tu vida.

Lo que se deba hacer, no se ha de pensar si se puede hacer.

Piensa todo lo que hables; pero no digas todo lo que pienses.

No te faltes jamás á tí mismo, si quieres no faltar á los demás.

La mujer más santa desprecia al hombre que duda de ella.

La primera reputacion se forma siempre en nuestra casa.

En el mundo la fama es reina absoluta.

Puedes ser todo lo santo que quieras; pero ¡ay de tí si no lo pareces!

La primera pasion de un jóven forma su corazon: la última la destroza.

El deseo inmoderado de adquirir riquezas conduce á la pobreza más veces que á la opulencia.

SANTO DE HOY.

San Abdon y san Senen, mártires. Cuarenta horas en la iglesia de San Ignacio.

ANUNCIOS.

CRÉDITO AL TRABAJO.

Empresa benéfica, fundada para proteger á los industriales y jornaleros honrados.

Presta á sus socios al 6 por 100 anual.

Facilita maderas de construccion por mayor, y hierros al menudeo, con ventajas considerables.

Tiene la empresa dos almacenes de comestibles, donde se descuenta á los socios el 5 y 6 por 100 de lo que en ellos consumen.

Para ser asociado basta dar 16 rs. al mes.

Oficinas: Cervantes, 16.

baños minerales de Loeches.—Este establecimiento de baños se abrió al público el 15 de Junio, y se cierra el 15 de Setiembre. Sus aguas purgantes curan con especialidad las enfermedades de la piel y otras que se detallan con más pormenor en los prospectos, que se darán gratis en la calle de las Huertas, núm. 41.

baños.—En la calle del Ave María, núm. 11, tienda del señor Marin, se alquilan de zinc y de hoja de lata, desde un real en adelante, y se venden nuevos y usados, desde 40 rs. á 260.

YA LLEGARON.

Los tan deseados pantalones de hilo á 15 rs.—Levititas á 8 rs.—Mozambiques y vareses listas de seda, á real y medio vara. Telas de lana desde 2 y medio, y otros generos baratísimos. Se advierte que el día 2º sale la lotería, en la que se dan los tres regalos, y qu' damos por cada 20 rs. de gasto una papeleta con opcion á ellos.—En la calle de San Martin, núm. 8, tienda, frente al cuartel de la Guardia civil.

Los baños mineral-medicinales-salinos, Lúnicos en esta corte, calle del Mediodía Grande, número 11, bien acreditados y conocidos del público por las excelentes virtudes de sus aguas, siguen ábe tolos al público: los prospectos del análisis, se dan en el mismo establecimiento.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de El Cascabel, á cargo de M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.